

LA SANGRE DEL PACTO

NO. 1186

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 2 DE AGOSTO, 1874,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

***“Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.”
Hebreos 13:20, 21.***

Nosotros debemos estar preparados para hacer lo mismo que pedimos que hagan los demás. El precepto no es efectivo a menos que vaya seguido del ejemplo. El apóstol había exhortado a los creyentes hebreos para que oraran por él con las palabras, “Orad por nosotros;” y luego, como para mostrar que él no les estaba pidiendo algo que él mismo no estuviera dispuesto a dar, pronuncia esta extraordinaria oración por ellos. Quien puede pedir con toda confianza a su congregación: “Orad por nosotros,” es el que ora con toda su alma y con toda vehemencia, por esa congregación.

La oración del apóstol, como ustedes pueden observar, está teñida del tema sobre el cual había estado escribiendo. Esta Epístola a los Hebreos está llena de distinciones entre el antiguo pacto y el nuevo; y su esencia es demostrar que el pacto antiguo era únicamente un tipo de la dispensación permanente que lo siguió; pues únicamente tenía la sombra y no la misma imagen de las cosas celestiales.

Su tema había sido el pacto y cuando oró, todos sus vestidos exhalaban mirra, áloe y casia, perfumes a los que sus meditaciones lo habían conducido. Conforme a la naturaleza de sus pensamientos, así era la expresión de sus deseos. Él tejió en la textura de su oración las meditaciones de su corazón. Y este es un método muy correcto, especialmente cuando la oración es pública, pues asegura la variedad, ayuda a otras personas a estar unidas con nosotros, y tiende a la edificación; de hecho, así como las abejas recogen la miel de muchas flores, y la miel tiene a menudo el sabor del tomillo silvestre o de alguna otra flor especial que abunda en la región de la cual recogen sus mieles, así nuestra alma acopia de todas las fuentes, provisiones exquisitas de la miel de la devoción; pero aquella en la que se detiene más tiempo en sus meditaciones, proporciona una sabor prevaleciente y un matiz para la expresión y el espíritu de su oración.

¿Qué era más natural que el mensaje sobre el pacto, fuera seguido por esta oración basada en el pacto: “Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad”?

El tema de la Epístola a los Hebreos es profundo, pues avanza desde los rudimentos superficiales hacia esas verdades subyacentes que son más misteriosas y profundas. Es un libro para las clases superiores en la escuela de Cristo; y de aquí que esta oración no sea para los bebés, sino para hombres de entendimiento. Nosotros no podríamos decir a todos los santos, “Vosotros, pues, oraréis así,” pues ellos ni sabrían lo que están pidiendo; ellos tienen necesidad de comenzar con algo más simple, tal

como ese dulce “Padre nuestro que estás en los cielos,” que se adecua de igual manera a todos los creyentes.

Los hombres maduros se alimentan de alimento fuerte, piensan pensamientos sublimes y ofrecen oraciones poderosas. Así como podemos admirar la simplicidad en las oraciones de los bebés, y la vivacidad en la oración de los jóvenes, así en la oración de alguien que se ha convertido en un padre en Cristo y se alimenta del pacto, nos gozamos en su profundidad, su alcance, y su elevación. Todo esto lo encontramos aquí. Yo invito a quienes quieren entender las cosas profundas de Dios, que pidan la ayuda del Espíritu Santo, mientras seguimos al apóstol en esta oración del pacto, una oración de la cual el testamento es el hilo conductor, la sustancia y el argumento.

I. El tema de nuestro sermón el día de hoy, por tanto, es el pacto de la gracia, como es presentado en este pasaje; y voy a comenzar observando, en primer lugar, LOS NOMBRES DE LOS PARTICIPANTES DEL PACTO que usa el apóstol. Él llama al siempre bendito Padre “*el Dios de paz;*” y al Redentor que ha asumido el otro lado del pacto, le da el título de, “*Nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas.*”

Queridos amigos, todos los que hemos creído en el Señor Jesucristo estamos en Cristo, y Él es nuestra Cabeza y Representante, nuestro Pastor y Defensor. Él hizo un pacto con el Padre a favor nuestro sobre este tenor, que habiendo pecado nosotros, debe recompensarse plenamente la justicia lesionada, y la ley de Dios debe ser honrada en su totalidad; el Padre por Su parte estipula otorgarnos todo el perdón, la aceptación, la adopción, y la vida eterna. Ahora, el pacto ha sido cumplido por parte de Cristo. El texto nos asegura eso, pues Jesús, de conformidad a Su promesa, derramó Su sangre, y ahora al compromiso sólo le falta el cumplimiento por parte del Padre eterno, y bajo ese aspecto del pacto, el apóstol llama al Padre, “*el Dios de paz.*” ¡Cuán precioso nombre!

Bajo el pacto de obras, Él es el Dios de venganza; para los pecadores, Él es el tres veces Santo Dios, terrible fuera de Sus santos lugares. Nuestro Dios es un fuego que consume; y sin embargo para nosotros, viendo que el acuerdo ha sido cumplido de nuestro lado por nuestro grandioso Representante y Cabeza, Él es únicamente “*el Dios de paz.*” Cristiano, todo es paz entre tú y Dios; no hay ningún terreno de contienda que permanezca del pasado, ni ningún temor que se levante alguno nuevo; el pacto eterno garantiza la paz eterna. Él no es el Dios de una tregua falsa, no es el Dios de un olvido parcial de agravios que permanecen sin perdón, sino el Dios de paz en el sentido más profundo; Él mismo está en paz, pues hay una paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento; y, es más, por razón de Su misericordia, Su pueblo es conducido a gozar de paz de conciencia en ellos mismos, pues ustedes sienten que Dios se ha reconciliado con ustedes, sus corazones descansan en Él, sus pecados que los separaban han sido quitados, y el amor perfecto ha arrojado fuera el miedo que atormenta.

Mientras el Señor está en paz Consigo mismo, tú eres llevado a gozar de paz interior por medio de Él, y Él también está en paz contigo, pues Él te ama con un amor inescrutable; Él no ve otra cosa en ti excepto aquello en lo que Se deleita, pues por el pacto Él no te ve como eres en ti mismo, sino en tu Cabeza, Cristo Jesús, y para el ojo de Dios no hay ninguna vista en el universo tan amable como Su propio amado Hijo, y Su pueblo en Su Hijo. Hay suficiente belleza en Jesús para hacerlo olvidar nuestras deformidades, hay suficientes méritos en Jesús para cubrir nuestros demé-

ritos, y hay suficiente eficacia en la sangre expiatoria de nuestro grandioso Sumo Sacerdote, para lavar todas nuestras transgresiones.

En lo que se refiere a nosotros, cuando nuestra alma reconoce esa sangre y percibe el amor de Dios hacia nosotros, ya no siente que está en guerra con Dios. Nosotros nos rebelamos una vez, pues Lo odiábamos, y aún ahora, cuando la vieja naturaleza muerde el freno, y la voluntad de Dios se contrapone a nuestros deseos, no nos resulta fácil inclinarnos ante Él y decir, “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque así te agradó”: pero entonces la nueva naturaleza pasa al frente y ciertamente manda y gobierna, y toda contienda en el corazón entre nuestra alma y Dios llega a su fin. Para nosotros, el Señor es en el sentido más amplio y más perfecto, el Dios de paz. Oh, cómo amo ese nombre; Él mismo es el Dios pacífico y feliz, sereno y tranquilo; y nosotros somos conducidos a sentir una paz interior que sobrepasa todo entendimiento, que guarda nuestros corazones y nuestras mentes. Dios está en paz con nosotros, declara que nunca estará airado con nosotros ni nos va a reprender, y nosotros nos gozamos en Él, nos deleitamos en Su ley, y vivimos para Su gloria. A partir de este momento, en cada hora de angustia, miremos al Señor bajo este nombre alentador: “el Dios de paz,” porque el pacto lo revela como tal.

El apóstol consideró el otro gran participante del compromiso, y Lo llama “nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas.” Nosotros debemos ver a nuestro Redentor en el pacto, primero como *Jesús* el Salvador que nos conduce a la tierra de Canaán, tierra que nos ha sido dada por un pacto de sal, al reposo que queda para el pueblo de Dios; Él es también *el Señor Jesús*, en toda la dignidad de Su naturaleza, exaltado muy por encima de los principados y potestades, que debe ser obedecido y adorado por nosotros; y *nuestro Señor Jesús*: nuestro debido a que Él mismo Se ha dado a nosotros, y lo hemos aceptado y recibido con santo deleite para que sea el Señor a Quien servimos con alegría. Nuestro Señor *Jesús* porque Él nos salva; nuestro *Señor Jesús* porque al traernos bajo Su reino, Él nos rescata; y *nuestro Señor Jesús* porque nosotros tenemos una relación especial tanto con Su soberanía como con Su salvación. Nosotros no consideramos generalmente lo apropiado de los nombres de nuestro Señor, no notamos la instrucción que intentan darnos los escritores que los usan, ni ejercitamos la suficiente discreción en el uso de ellos; sin embargo, hay una gran fuerza en estos títulos cuando se emplean apropiadamente. Puede ser que otros nombres tengan poca significación, pero en los títulos de Jesús hay una riqueza de significado.

Además, nuestro Señor es llamado “el gran pastor de las ovejas.” En el pacto nosotros somos las ovejas, el Señor Jesús es el Pastor. Tú no puedes hacer un pacto con ovejas, porque no poseen la habilidad de hacer pactos; pero tú puedes hacer un pacto con el Pastor de ellas, y así, gloria sea dada a Dios, aunque nos habíamos descarriado como ovejas perdidas, nosotros pertenecíamos a Jesús, y Él hizo un pacto a favor nuestro, y estuvo ante el Dios viviente en nuestra representación.

Ahora, yo les he explicado con anterioridad que nuestro Señor Jesucristo en Su muerte es el *buen Pastor*: el buen Pastor da Su vida por las ovejas; y de esta manera muestra Su bondad; que en Su resurrección Él es el *grandioso Pastor*, como lo vemos en el texto, pues Su resurrección y Su retorno a la gloria manifiestan Su grandeza; pero en Su segunda venida Él es el *Príncipe* de los Pastores: “Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria”; allí Él muestra Su superior soberanía. Nuestro Señor fue *bueno* al entre-

gar Su vida por las ovejas, y hay otros pastores a los cuales Él hace buenos, quienes en Su nombre alimentan a Sus corderos y ovejas. Cuando Él venga de nuevo la segunda vez, Él aparecerá con otros, el *Príncipe* entre todos ellos; pero en Su resurrección para nuestra justificación, en conexión con el pacto, Él está solo, y ostenta el nombre de “*el gran Pastor*,” ese gran Pastor de Quien ha hablado toda la profecía, en Quien se cumplen todos los decretos divinos, ante Quien todos los demás se desvanecen, Quien está solo, como el único Pastor de las ovejas en esa capacidad del pacto.

Es muy hermoso seguir la pista de los pastores a través del Antiguo Testamento, y ver a Cristo como Abel, el pastor que dio testimonio derramando esa sangre que clama desde la tierra; como Abraham, el pastor separador, llevando su rebaño al país extraño donde habitaron solos; como Isaac, el pastor tranquilo, cavando pozos para su rebaño, y alimentándolo en paz en medio de sus enemigos; como Jacob, el pastor que es garantía para las ovejas, que se las gana a todas por medio de largos trabajos y desgaste, que las separa y camina en medio de ellas hacia Canaán, preservándolas por sus propias solitarias oraciones de medianoche. Allí también vemos a nuestro Señor como José, el pastor que preside sobre Egipto por causa de Israel, de quien dijo su moribundo padre: “Por el nombre del Pastor, la Roca de Israel.” Cabeza de todas las cosas por Su iglesia, el Rey que gobierna todo el mundo por causa de Suselegidos, el grandioso Pastor de las ovejas, por quienes tiene todo el poder entregado en Sus manos. Luego sigue Moisés, el pastor elegido, que condujo a su pueblo a través del desierto hasta la Tierra Prometida, alimentándolos con el maná y dándoles de beber de la roca herida, ¡qué amplio tema de reflexión hay aquí! Y luego está David, el tipo de Jesús, reinando en la herencia del pacto sobre su propio pueblo, como un glorioso rey en medio de todos ellos. Todos estos pastores juntos nos permiten ver las diversas glorias de “el gran pastor de las ovejas.”

Amados, este es un tema grandioso, y yo únicamente puedo esbozarlo. Gocémonos porque nuestro Pastor es *grandioso*, porque Él, con Su gran rebaño, podrá preservarlos a todos de los grandes peligros a los que son conducidos, y llevar a cabo por ellos las grandes transacciones con el grandioso Dios que son exigidas de un Pastor de un rebaño así, que Jesús llama Suyo.

Bajo el pacto, Jesús es Profeta, Sacerdote y Rey; un pastor debe ser todo esto para su rebaño; y Él es grandioso en cada uno de estos oficios. Cuando descansamos en el pacto de gracia debemos ver a nuestro Señor como nuestro Pastor, y encontrar paz en el hecho que las ovejas no tienen absolutamente nada que ver con su propia alimentación, guía, o protección; únicamente tienen que seguir a su Pastor a los pastos que Él prepara y el bien estará con ellas. “En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará.”

II. En segundo lugar, el apóstol menciona EL SELLO DEL PACTO. “Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, *por la sangre del pacto eterno*.” El sello del pacto es la sangre de Jesús. En tiempos antiguos, cuando los hombres hacían pactos entre sí, ellos generalmente utilizaban alguna ceremonia para ligar la negociación, por así decirlo. Ahora, bajo la antigua dispensación, los pactos con Dios eran siempre confirmados con sangre. Tan pronto como era derramada la sangre y la víctima moría, el acuerdo alcanzado era establecido.

Entonces, cuando nuestro Padre celestial hizo un pacto con Jesucristo a favor nuestro, ese pacto fue verdadero y firme, “conforme a las misericordias firmes a David,” pero para hacer que permanezca firme debe haber sangre. Ahora, la sangre ordenada para sellar el pacto no era sangre de toros ni de machos cabríos, sino la sangre del mismo Hijo de Dios, y esto ha hecho al pacto tan firme y obligatorio, que es más fácil que pasen el cielo y la tierra que falle una tilde de él. Dios debe guardar Sus propias promesas. Él es un Dios libre, pero Él se obliga a Sí mismo; por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, Él se ha obligado a Sí mismo a dar las bendiciones del pacto al rebaño representado por el grandioso Pastor.

Hermanos, ustedes y yo, como hombres honestos, nos obligamos por medio de nuestra palabra. Si hacemos un juramento, y yo espero que no lo hagamos, ciertamente nos sentiríamos doblemente obligados por él; y si hubiéramos vivido en los tiempos antiguos, y la sangre hubiera sido derramada sobre un acuerdo al que hubiéramos llegado, habríamos considerado ese signo solemne y no habríamos soñado en arrepentirnos del pacto.

Piensen por un momento, cuán imposible es que el Señor rompa alguna vez ese pacto de gracia, que Él espontáneamente hizo con Su propio Hijo, y con nosotros en Él, ahora que ha sido rociado con la sangre proveniente de las venas de Su propio Hijo bienamado. No; el pacto es eterno. Permanece firme para siempre, porque está confirmado por una sangre que es nada menos que la sangre del Hijo de Dios.

Recuerden también que, en nuestro caso, esa sangre no sólo confirmó el pacto, sino que realmente lo cumplió; porque la estipulación del compromiso era de esta manera: Cristo debía sufrir por nuestros pecados y honrar la ley divina. Él había guardado la ley en Su vida, pero fue necesario para el cumplimiento completo del pacto por parte Suya, que también fuera obediente hasta la muerte, y la muerte de cruz. El derramamiento de Su sangre, por lo tanto, fue el cumplimiento de Su obediencia prometida hasta el extremo. Fue el cumplimiento verdadero del pacto, por parte de Cristo, a favor nuestro; de tal forma que ahora, todo el compromiso debe permanecer firme, puesto que aquello de lo que dependía está consumado para siempre.

No sólo está ratificado con esa firma llena de sangre, sino que por medio de esa sangre es cumplido por parte de Cristo, y no puede ser que el Padre eterno se retraiga del pacto por Su parte, puesto que la obligación correspondiente a nosotros fue cumplida al pie de la letra por ese grandioso Pastor de las ovejas que entregó Su vida por nosotros.

Por el derramamiento de la sangre el pacto es convertido en un testamento. En algunas Biblias, el comentario al pie lo expresa como “testamento,” y a menudo en otros casos, escasamente sabemos cómo traducir la palabra, si decir el nuevo testamento o el nuevo pacto; ciertamente ahora es un testamento, ya que Cristo ha guardado Su parte del pacto, y Él quiere para nosotros, lo que Dios le debe a Él, y Él nos traspasa por Su muerte, todo lo que le llega a Él como Su recompensa, convirtiéndonos en Sus herederos mediante un testamento validado por Su muerte. Así que ustedes pueden decir “testamento,” si les parece bien, o “pacto,” si quieren, pero no olviden nunca que la sangre ha hecho seguro ya sea el testamento o el pacto, para todas las ovejas de las que Jesús es el pastor.

Reflexionen largamente y con placer sobre las palabras “*pacto eterno*.” Ciertos hombres en estos días declaran que “eterno” no quiere decir eterno, sino que indica un período que llegará a un fin, tarde o temprano; yo

no estoy de acuerdo con ellos, y no siento ninguna inclinación a renunciar a la eternidad del cielo y a las otras bendiciones divinas, para complacer los gustos de hombres perversos que niegan la eternidad de los castigos futuros. La naturaleza humana se inclina hacia esa dirección, pero la palabra de Dios no, y siguiendo su huella infalible, nos regocijamos en el pacto *eterno*, que permanecerá por siempre y para siempre. El pacto de obras no ha permanecido; estuvo basado en la fuerza humana, y se disolvió como un sueño; en la naturaleza de las cosas no podía ser eterno. El hombre no supo guardar la condición impuesta para él, y se cayó al suelo. Pero el pacto de gracia dependía únicamente del poder y del amor y de la fidelidad de Cristo, Quien ha guardado Su parte del testamento, y por tanto descansa únicamente en Dios, el fiel y verdadero, Cuya palabra no puede fallar—

***“Sería más fácil que Él se despojase de Su ser,
Que no cumpliera Su promesa, o la olvidara.”***

“Para siempre es su misericordia, y su verdad por todas las generaciones.” Él ha dicho: “Y haré con ellos pacto eterno, que no me volveré atrás de hacerles bien,” y por tanto Él debe hacerles bien, pues Él no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. Así que el sello del pacto garantiza todas las cosas.

III. Ahora tenemos que notar EL CUMPLIMIENTO DEL PACTO, pues el Señor ha comenzado a cumplirlo. “Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno.” Veán, entonces, que Jesucristo ha sido resucitado de los muertos por medio de la sangre del pacto. Aquí está la historia. Él hizo el pacto a favor nuestro; Él cargó con nuestro pecado, y Se comprometió a sufrir por ese pecado. Habiendo sido crucificado, Él entregó Su vida, y de la cruz fue llevado al sepulcro, y allí estuvo en vil cautividad.

Ahora, era parte del compromiso del lado de Dios el Padre, que Él no abandonaría el alma de Cristo en el Seol, ni permitiría que Su Santo viera corrupción; este acuerdo ha sido guardado fielmente. Cristo nos representó en la cruz a todos los que creemos en Él: nosotros fuimos crucificados en Él; Jesús también nos representó en el sepulcro, pues hemos sido enterrados con Él. Todo lo que le pasó a Él, le pasó también al rebaño.

Ahora pues, ¿qué le ocurrirá al cuerpo de Jesús? ¿Mantendrá Dios Su pacto? ¿Se comerá el gusano ese cuerpo hermoso, o desafiará la corrupción? ¿Acaso sucederá que Quien descendió al seno de la tierra nunca regrese? Esperen. ¡Es la tercera mañana! El tiempo prometido ha llegado. Todavía ningún gusano se ha atrevido a alimentarse de esa forma semejante a Dios, y sin embargo yace entre los muertos; pero en la tercera mañana, el que dormía despertó como uno que ha sido refrescado por el sueño. Él se levanta. La piedra es removida. Los ángeles lo escoltan a la libertad. Él sale al aire libre del huerto, y habla a sus discípulos. Jesús que se desangró ha dejado a los muertos para no morir más. Él espera durante cuarenta días para permitir que Sus amigos vean que realmente ha resucitado, pero tiene que elevarse más alto aún para ser llevado plenamente de regreso a sus honores anteriores. ¿Le será fiel Dios y lo ascenderá de regreso todo el tramo que tuvo que descender? Sí, pues en el Monte de los Olivos, cuando se cumple el tiempo, Él comienza a ascender; cortando el aire que le rodeaba, Él se remonta desde el grupo de discípulos que le adoraban, hasta que una nube lo recibe. ¿Pero se remontará completamente hasta el punto desde el cual descendió? ¿Acaso obtendrá Él, en Su propia persona, una recuperación total para Su iglesia de toda la ruina de la caída?

¡Ah, véanlo cuando entra por las puertas que son de perlas! ¡Cómo es bienvenido por el Padre! Veán cómo se eleva y se sienta en el trono del Padre, pues Dios lo ha exaltado también a lo sumo, y le ha dado un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla.

Ahora observen por qué medios nuestro Señor regresó de los muertos a toda Su gloria. Fue porque Él había presentado la sangre del pacto eterno. Cuando el Padre vio que Jesús había guardado toda Su parte del pacto hasta la muerte, entonces Él comenzó a cumplir Su porción del contrato, trayendo de regreso a Su Hijo del sepulcro a la vida, de la vergüenza al honor, de la humillación a la gloria, de la muerte a la inmortalidad. Veán dónde está sentado ahora, esperando hasta que Sus enemigos sean puestos por estrado de Sus pies.

Ahora, lo que ha sido hecho con Jesús, ha sido hecho virtualmente con todo Su pueblo, porque, observen, el Señor “que resucitó de los muertos,” no el Señor Jesús como persona privada únicamente, sino “NUESTRO Señor Jesús,” resucitó como “el gran pastor de las ovejas.” Las ovejas están con el Pastor. Pastor de las ovejas, ¿dónde está Tu rebaño? Sabemos que Tú lo has amado hasta el fin; pero Tú te has ido; ¿acaso lo dejaste en el desierto? No puede ser, pues está escrito: “¿Quién nos separará del amor de Cristo?” Escuchen al Pastor que dice: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo.” “Porque yo vivo, vosotros también viviréis.” “Donde yo estuviere, allí también estará mi servidor.”

Amados, las ovejas nunca están lejos de ese grandioso Pastor de las ovejas, ellas siempre están en Su mano, y ninguna es arrebatada de allí. En la tierra estuvieron con Él, y han sido resucitadas con Él. Si Jesús hubiera permanecido en el sepulcro, todas Sus ovejas habrían perecido; pero cuando el Padre lo resucitó por la sangre, también nos resucitó por la sangre, y dio a nuestras almas la esperanza viva que nunca morirán, y a nuestros cuerpos la esperanza de la resurrección—

***“Pues aunque nuestros pecados innatos requieren
Que nuestra carne vea el polvo,
Sin embargo, puesto que el Señor nuestro Pastor resucitó,
Así también todos Sus seguidores lo harán.”***

Jesús está en el cielo como nuestro representante, y Su rebaño lo sigue. Yo quisiera que ustedes pudieran visualizar las colinas del cielo levantándose desde estas tierras bajas. Nosotros nos estamos alimentando aquí por un rato bajo Su ojo protector, y por allá hay un río que corre al pie de las colinas celestiales, que nos separa de los pastos del cielo.

Uno a uno, nuestros seres queridos están siendo llamados por la voz del Buen Pastor para que atraviesen la corriente, y ellos cruzan el río a Su llamado con placer, de tal forma que se puede ver una larga fila de Sus ovejas pasando la corriente y subiendo por la colina donde se encuentra el Pastor que las recibe. Esta línea une al rebaño que está arriba con el que está abajo, formando de esta manera un solo grupo. ¿Acaso no ven que continuamente están subiendo a Él, pasando nuevamente bajo la mano de aquél que les dice que sean alimentadas por el Cordero y que reposen para siempre allí donde los lobos no pueden llegar nunca?

De esta forma, un único rebaño está en este momento con su Pastor, pues para Él es una sola pastura, aunque a nosotros nos parezca dividida por el torrente del Jordán. Cada una de las ovejas está marcada con la sangre del pacto eterno; cada una de ellas ha sido preservada, porque Jesús vivió; y así como Él fue resucitado de los muertos por la sangre, lo mismo debe ocurrir con ellas, pues eso establece el pacto.

Queridos amigos, recuerden entonces que el castigo del rebaño fue soportado por el Pastor, que el rebaño murió en el Pastor, y que el rebaño vive ahora porque el Pastor vive; que la vida de ese rebaño es por consiguiente una nueva vida; que Él traerá a todas Sus ovejas que todavía no han sido llamadas, sacándolas de su muerte en el pecado, así como Él ha sido resucitado de Su propia muerte; que Él conducirá hacia delante y hacia arriba a quienes son llamados, de la misma forma que Él fue hacia delante y hacia arriba del sepulcro al trono; que Él los preservará a todos a lo largo de todo su camino, así como Él fue preservado por la sangre del pacto eterno; y que Él los perfeccionará así como Él es perfecto. De la misma manera como el Dios de paz ha glorificado a Su Hijo, así también Él traerá a todos Sus elegidos a la gloria eterna con Él.

IV. En cuarto lugar, veremos LA BENDICIÓN DEL PACTO. ¿Cuál es una de las más grandes bendiciones del pacto? El escritor de esta epístola pide aquí por ella. Dice él “Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, *os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él.*”

Noten que una de las principales bendiciones del pacto consiste en el poder y el querer servir a Dios. El antiguo pacto decía: “Allí están las tablas de piedra; tienes que obedecer cada palabra que está escrita allí: si lo haces, vivirás; si no lo haces, morirás.” El hombre nunca pudo obedecer, y por consiguiente nadie entró nunca al cielo ni encontró paz por medio de la ley.

El nuevo pacto habla de esta manera: “Nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades. Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón. Pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí.” Los profetas tratan extensa e instructivamente acerca de este nuevo pacto. No se trata de un pacto de “si tú haces, yo hago;” sino que va más bien en este sentido: “yo haré esto y por consiguiente tú harás eso.” Como pacto esto se adecua muy bien a mí. Si hay algo que yo debo hacer, nunca estaría seguro de poder lograrlo, pero como ya está hecho, estoy tranquilo.

Dios nos pone a trabajar y nosotros trabajamos; pero el pacto mismo depende enteramente de esa grandiosa promesa: “No me volveré atrás de hacerles bien.” Así que Pablo está en lo correcto al pedirle a Dios que nos haga aptos en toda buena obra para hacer Su voluntad, puesto que desde tiempos antiguos esta era la promesa más importante: que aquellos por quienes murió Jesús, deben ser santificados, purificados, y hechos aptos para servir a su Dios. Grande como es esta oración, únicamente está pidiendo lo que el propio pacto garantiza.

Tomando el texto palabra por palabra, yo percibo que la primera bendición solicitada por el apóstol es *aptitud para el servicio divino*, pues la palabra griega no es “os haga perfectos,” sino *aptos*, “idóneos,” “preparados,” “capacitados para.” No tengo referencias en cuanto a la discusión acerca de la doctrina de la perfección en esta observación. Ningún texto decidiría esa controversia; yo simplemente hago la observación porque es un asunto de hecho. La expresión debería traducirse “os haga plenamente completos,” o “plenamente capacitados” para hacer Su voluntad. (1)

Nosotros debemos pedir sinceramente que seamos calificados, adaptados, y hechos adecuados para ser usados por Dios para el cumplimiento de Su voluntad. Cuando un hombre que antes estaba muerto en el pecado es resucitado de nuevo, surge la pregunta ¿quién será su señor? Habiendo muerto nosotros en nuestro grandioso Pastor, y habiendo sido resuci-

tados de los muertos, ¿a quién nos someteremos? Ciertamente, únicamente nos someteremos a Dios. Nuestra oración es que seamos hechos aptos para hacer Su voluntad. Nuestro Pastor hizo la voluntad de Su Padre, pues Él clamó “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado,” “En esa voluntad somos santificados,” y cada uno de nosotros somos santificados para el cumplimiento de esa voluntad de ahora en adelante.

Es un grandioso deseo que abrasa a cada corazón cristiano, que ahora pueda ser hecho apto para servir a su Dios, que pueda ser una vasija adecuada para ser usada por Dios, un instrumento idóneo para la mano divina; débil y endeble, pero no impuro, ni tampoco inadecuado en razón de falta de fuerza natural, sino apto a consecuencia de haber sido limpiado por la sangre del pacto. Amados hermanos y hermanas, oren pidiendo aptitud para el servicio; pidan día y noche que ustedes estén plenamente capacitados en toda obra buena.

Pero el apóstol pedía por *una obra interna de la gracia*, no simplemente aptitud para el servicio, sino una operación sentida: “Haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él.” Yo anhelo sobre cualquier otra cosa poseer en mí la obra interna del Espíritu Santo, cada vez con mayor claridad. Hay tanta religión superficial, y estamos tan inclinados a sentirnos contentos con ella, que es conveniente que oremos por una profunda obra en el corazón. Necesitamos que nuestros afectos sean elevados, que nuestra voluntad sea sometida, que nuestro entendimiento sea iluminado, y que nuestra naturaleza entera sea espiritualizada profundamente por la presencia del Espíritu Santo.

Ahora, esta es la promesa del pacto: “Habitaré y andaré entre ellos.” Recuerden, Dios obró en Cristo en la tumba dando vida a Su cuerpo, y Él debe obrar en nosotros de conformidad al trabajo de esa poderosa fuerza que obró en Cristo cuando lo resucitó de los muertos. Pídanle al Señor que lo haga. No se queden satisfechos con un pequeño pulso de religión, débil, casi imperceptible, del cual difícilmente pueden juzgar si está allí o no; sino que pidan sentir las energías divinas obrando dentro de ustedes, la omnipotencia eterna de Dios, esforzándose y pugnando en el espíritu de ustedes hasta que el pecado haya sido conquistado, y la gracia haya triunfado gloriosamente. Esta es una bendición del pacto. Búsquenla.

Pero lo mismo que una obra interna, nosotros necesitamos una obra *externa*. Haciendo en vosotros lo que es agradable delante de Él; esto no es un asunto sin importancia cuando recuerdan que ninguna otra cosa excepto la santidad perfecta puede agrandar a Dios. Pablo quería que nosotros fuéramos hechos aptos en toda obra buena, quería que fuéramos hombres multifacéticos, que pudiéramos realizar toda buena obra, tal como lo hizo Jesús. Deseaba que fuésemos calificados para ocupar cualquier situación y cualquier posición.

Cuando Jesucristo resucitó de los muertos, fue visto; no sólo hubo un secreto reavivamiento en Él, sino una vida visible; Él fue visto por ángeles y por hombres, y aquí en la tierra vivió durante un período de tiempo, siendo observado por todos los observadores. Así que, amados hermanos, debería haber en nosotros no solamente una resurrección interior que nosotros sintamos, sino tal reavivamiento que estemos manifiestamente vivos a una nueva vida. Debemos conocer el poder de la resurrección de nuestro Señor, y exhibirla en cada acción de nuestras vidas. Que Dios nos conceda esto. Hay mucho más acerca de este punto, pero el tiempo no nos permite exponer más al respecto. Deseo que ustedes experimenten todo esto.

Observen, además, la *plenitud* de esta bendición del pacto. Así como Jesús es plenamente restaurado al lugar del que vino, sin haber perdido ni dignidad ni poder al derramar Su sangre, sino que más bien es exaltado a lo sumo, así el designio de Dios es hacernos puros y santos como Adán lo fue al principio, y agregar a nuestro carácter una fuerza de amor que nunca hubiera estado allí si no hubiéramos pecado y hubiéramos sido perdonados, una energía de intensa devoción, un entusiasmo de perfecto auto-sacrificio, que nunca habríamos podido aprender si no hubiera sido por Él, que nos amó y se dio a Sí mismo por nosotros.

Dios tiene la intención de hacernos príncipes de sangre real del universo, o, si lo prefieren, guardaespaldas del Señor de los Ejércitos. Él desea moldear un orden de criaturas que estarán muy cerca de Él, y sin embargo que sientan la más humilde reverencia por Él. Él los hará semejantes a Él mismo, partícipes de la naturaleza divina, y sin embargo los más obedientes de los siervos; agentes perfectamente libres, y sin embargo atados a Él por lazos que no les permitirán desobedecerle en pensamiento, en palabra ni en obras. Y así es como Él está moldeando este batallón central que le servirá en Sus marchas eternas para siempre; Él nos está perdonando grandes pecados, Él nos está otorgando grandes bendiciones, nos está convirtiendo en uno con Su amado Hijo; y cuando nos haya liberado enteramente de la mortaja encerada de nuestra muerte espiritual, nos llamará arriba donde Jesús está, y le serviremos con una adoración superior a todas Sus demás criaturas.

Los ángeles no pueden amar tanto como amaremos nosotros, pues ellos nunca han probado la gracia redentora y el amor que se entrega a la muerte. Esta elevada devoción es el objetivo del Señor. Él no resucitó de los muertos al Señor Jesús para que pudiera vivir una vida común. Lo levantó para que fuera cabeza de todas las cosas para Su iglesia, y para que todas las cosas pudieran estar bajo Sus pies; inclusive el destino de los cristianos es misteriosamente sublime: ellos no son levantados de su muerte innata a una simple moralidad; ellos están destinados a ser algo más que filántropos y hombres estimados por sus compañeros, ellos deben manifestar a los ángeles, y principados, y potestades, la gracia maravillosa de Dios, mostrando en sus propias personas lo que Dios puede hacer con sus criaturas por medio de la muerte de Su Hijo. Yo simplemente toco como una golondrina con su ala, las aguas profundas en donde sería un deleite poder bucear.

V. Concluimos con LA DOXOLOGÍA DEL PACTO, “*Al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.*” Si hay algo en el mundo que puede conducir al hombre a alabar a su Dios es el pacto, y el conocimiento que Él está en ese pacto. Voy a terminar mi predicación y voy a pedirles que piensen en el amor de Dios en el pacto. No pertenece a todos ustedes. Cristo no es el Pastor de todo el rebaño del mundo; Él es únicamente el Pastor de las ovejas, y Él no ha establecido ningún pacto a favor de toda la humanidad, sino únicamente a favor de Sus ovejas. El pacto es para Su propio pueblo; si creen en Él entonces es un pacto para ustedes, pero si lo rechazan no pueden tener ninguna participación en ese pacto; pues ustedes están bajo el pacto de obras que los condena.

Pero ahora, creyente, simplemente siéntate por un momento y reflexiona en esta grandísima misericordia. Tu Dios, el Padre eterno, ha establecido un pacto solemne con Cristo a favor tuyo, que te salvará, te guardará, y te hará perfecto. Él te ha salvado; Él ya ha cumplido una buena parte del testamento en ti, pues te ha colocado en el camino de vida y te ha guardado hasta este día; y si ciertamente eres Suyo, te guardará hasta el

fin. El Señor no es como el necio que comenzó a construir y no fue capaz de concluir. Él no comienza a bosquejar un diseño para luego abandonarlo. Él continuará Su obra hasta que la haya completado en ti. ¿Puedes creer esto realmente? Contigo, un pobre mortal insignificante, que pronto dormirá en la tumba; ¡contigo, Él ha establecido un pacto eterno! ¿Acaso no dirás con nuestro texto, “Al cual sea la gloria?” Como David al morir, ustedes pueden afirmar: “No es así mi casa para con Dios; sin embargo, él ha hecho conmigo pacto perpetuo, ordenado en todas las cosas, y será guardado.” Y yo sé que ustedes agregarán llenos de gozo, “Gloria sea dada a Su nombre.”

Nuestro Dios merece gloria *exclusiva*. La teología del pacto únicamente glorifica a Dios. Hay otras teologías por el mundo que engrandecen a los hombres; le reconocen participación en su propia salvación, y así le dejan una razón para que se quite la gorra y diga: “lo he hecho bien;” pero la teología del pacto hace al hombre a un lado, y lo hace deudor y receptor. Lo hunde, por decirlo así, en el mar de gracia infinita y de favor inmerecido, y lo hace renunciar a toda jactancia, callando la boca que se pudo haber jactado, al inundarla de amor, de tal forma que no puede expresar ninguna palabra de vanagloria. Un hombre salvado por el pacto debe dar toda la gloria al santo nombre de Dios, pues toda la gloria pertenece a Dios. En la salvación forjada por el pacto, el Señor tiene la gloria exclusiva.

Él también tiene gloria *sin fin*. “A quien sea la gloria por los siglos de los siglos.” ¿Han glorificado a Dios un poco, amados hermanos, por Su misericordia del pacto? Continúen glorificándolo. ¿Le sirvieron bien cuando eran jóvenes? Ah, no tan bien como hubieran deseado hacerlo: entonces sirvanle mejor en estos años de mayor madurez. Entréguense a glorificar a Dios. La tarea de la salvación no es de ustedes, Jesús lo ha hecho todo. Ustedes pueden cantar—

**“Tengo un cargo que cumplir,
A Dios debo glorificar;”**

Pero necesitarán agregar:

**“Por salvar un alma que nunca muere,
Y hacerla apta para el cielo.”**

Pues el alma de ustedes ha sido salvada; “Quien nos salvó y llamó con llamamiento santo,” y ustedes están preparados para el cielo por la sangre del pacto eterno, pues Pablo dice: “Dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz.” Todo lo que tienen que hacer es glorificar al Señor que los ha salvado y ha colocado el pie de ustedes sobre una roca, y ha establecido sus idas y venidas.

Ahora, entréguense a ello con todo su corazón. ¿Tu cabello se está volviendo cano, querido hermano? Con toda tu experiencia debes glorificar a Dios, ahora más que nunca. Pronto estarás allá arriba, en la tierra de los vivientes. Ya no alabes más al Redentor a un ritmo agonizante y pobre, pues te queda un corto tiempo aquí.

Y, oh, cuando subamos arriba de estas nubes, ¡cómo engrandeceremos a nuestro Dios del pacto! Yo estoy seguro que no voy a sentir que mis poderes son lo suficientemente capaces, aun en el cielo, para expresar mi gratitud por Su sorprendente amor. No me sorprende que el poeta diga—

**“La eternidad es demasiado corta
Para expresar la mitad de Su alabanza.”**

Hay gente que tiene problemas con esta expresión, y dicen que es una exageración. ¿Cómo quisieran que hablen los poetas? ¿Acaso no les están permitidas las hipérbolas? Yo inclusive podría argumentar que no es una

hipérbole, pues ni el tiempo ni la eternidad pueden expresar todas las alabanzas del infinito Jehová—

**“Oh, que mil lenguas cantaran
Las alabanzas de nuestro grandioso Redentor.”**

Esta será la nota más dulce de toda nuestra música: *el pacto*, “el pacto hecho con el Señor de David, ordenado en todas las cosas,” el pacto con ese grandioso Pastor de las ovejas por el cual cada oveja fue preservada y guardada, y llevada a los ricos pastos de gloria eterna. Nosotros cantaremos en el cielo acerca del amor del pacto. Este será nuestro último cántico en la tierra y el primero en el Paraíso: “El pacto, el pacto sellado con sangre.”

Cómo quisiera yo que los ministros de Cristo difundieran cada vez más a lo largo de toda Inglaterra esta doctrina del pacto. Quien entiende los dos pactos ha descubierto la médula de toda la teología, pero quien no conoce los pactos no sabe prácticamente nada del Evangelio de Cristo. Al oír a ciertos ministros predicar, uno pensaría que la salvación está basada únicamente en obras, que todavía no se sabe quién será salvado, que todo este tema está lleno de proposiciones condicionales como “si,” “pero,” y “tal vez”; pero si comienzas a darles “así será,” “así será hecho,” y propósitos, y decretos, y promesas, y juramentos, y sangre, entonces te llaman calvinista. Vamos, ¡esta doctrina era verdadera antes que Calvino naciera o hubiera pensado en ella! Calvino amaba esta doctrina, al igual que nosotros, pero la doctrina no se originó en él. Pablo ya la había enseñado mucho antes; es más, el Espíritu Santo nos la enseñó en la Palabra, y por lo tanto nosotros la sostenemos.

Volver a colocar esta doctrina al frente será una cosa grandiosa para la iglesia. Por medio de la boca de este cañón, el Señor pondrá a temblar al Papa y a todos sus esbirros, y ninguna otra doctrina lo hará. Por la buena gracia de Dios, debemos vivir esta doctrina así como la predicamos, y que Quien resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesús, el grandioso Pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, los haga aptos en toda obra buena para hacer Su voluntad. Entonces Él tendrá la gloria a través del pacto y a través de ustedes, ahora y para siempre. Amén y amén.

Porción de la Escritura leída antes del sermón—Hebreos capítulo 13.

(1) Nota del traductor: para entender mejor esta aclaración de palabras que hace Spurgeon, es bueno recordar que él predicaba utilizando la Versión King James de la Biblia, en inglés, que en el versículo de Hebreos 13:21 dice: “Make you perfect...” que se traduciría: “os haga perfectos...” En la traducción de la versión Reina Valera 60 no existe ese problema de traducción.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.
Sermón #1186 – Volumen 20
The Blood of the Covenant